

PALABRAS DEL SECRETARIO DE RELACIONES EXTERIORES, FERNANDO SOLANA, EN EL IV CONGRESO DE LA ASOCIACIÓN MEXICANA DE ESTUDIOS INTERNACIONALES

Esta tarde he tenido la oportunidad de asistir a algunas de las mesas de trabajo y de darme cuenta de la seriedad y calidad con que se han tratado los diferentes temas. Estoy gratamente sorprendido por la amplitud y actualidad de los asuntos, y por la creatividad y profundidad de algunos de los documentos presentados. Creo que la Asociación ha llegado ya a consolidarse como un foro excepcional, reconocido como lugar privilegiado para el examen de los asuntos internacionales, por su clima de objetividad, independencia de criterio y libertad académica.

Esta reunión demuestra el creciente interés de muy diversos sectores de la sociedad mexicana por las cuestiones internacionales. Es natural que sea así. El aumento en los niveles de escolaridad y el hecho de vivir en una sociedad más plural, más participativa y mejor informada, hace que los asuntos internacionales sean materia de interés general. La opinión pública discute y sostiene vigorosamente las posiciones que considera y defiende como legítimas. De allí la importancia de este diálogo que ustedes promueven. La participación amplia de investigadores, docentes, periodistas, estudiantes, políticos y funcionarios públicos, permite intercambiar ideas y proponer posiciones que enriquezcan las perspectivas y estrategias de acción de la política exterior mexicana. Ésta se guía por principios muy claros que la orientan y le dan continuidad. Principios que son producto de nuestra experiencia histórica. Que son parte de nuestro consenso nacional y que sirven de marco para el diseño de las nuevas estrategias e instrumentos operativos que exige la dinámica actual de los asuntos internacionales.

El gobierno de la República postula una política exterior activa. Queremos participar en la orientación y la conducción del proceso de cambios que se producen en la sociedad internacional, para que éstos sirvan también a los intereses nacionales. No creemos que la pasividad o la inercia nos favorecie-

ran, ya que estaríamos dejando en manos de otros las decisiones en asuntos vitales para la conformación del perfil del futuro del mundo, del que es parte, inevitablemente, nuestro propio futuro.

La política exterior de México está alerta a las oportunidades y los desafíos del entorno mundial. Busca la participación más conveniente para nuestro país en la realidad contemporánea. Y para establecer sus objetivos, prioridades y estrategias procura siempre considerar las circunstancias de nuestra geopolítica.

México está abierto a las relaciones con todos los países, pero nuestros vínculos se organizan conforme a un orden de prioridades. Las áreas de mayor interés para la diplomacia mexicana son: los países con los que compartimos fronteras; los de América Latina; las naciones con las que sostenemos intercambios importantes de carácter cultural, económico o comercial; los nuevos espacios en proceso de integración, y las naciones con las que hay coincidencias políticas especiales.

Nuestro país también despliega una intensa actividad en los organismos multilaterales. México cree en la capacidad de ellos para concertar la paz, y en sus esfuerzos de codificación progresiva del derecho internacional. Es alentador constatar que, precisamente cuando se auguraba la crisis final de las organizaciones internacionales, y en particular de las Naciones Unidas, el organismo ha jugado un papel decisivo en la eliminación de los más agudos focos de tensión mundial.

De otra parte, es necesario reconocer que el intenso proceso de cambios de la sociedad internacional ha rebasado en diversos aspectos a las nociones tradicionales del Estado, a las instituciones políticas y a las propias organizaciones internacionales. Hay quienes incluso discuten el concepto de soberanía, eje sobre el que se ha basado la sociedad internacional durante los últimos cuatro siglos.

Las comunicaciones y los transportes contemporáneos han acercado a las naciones. La producción

industrial y la de los servicios se internacionaliza. Y ya son mundiales problemas tan graves como el narcotráfico, el deterioro del medio ambiente, y el de la misma seguridad, que ha dejado de ser sólo un problema nacional para convertirse, además, en uno de carácter global.

Sin embargo, el Estado nacional permanece como una realidad palpable, como la célula básica de la comunidad internacional. Y permanece, para México y los mexicanos, como la mejor estrategia para preservarse, fortalecerse y asegurar su papel en la conducción del cambio que está viviendo el mundo. En otras palabras, para nosotros, la preservación y fortalecimiento de la soberanía del Estado mexicano es el primer objetivo de nuestra política exterior.

Nos encontramos en un parteaguas del sistema mundial de naciones. La globalización nos coloca en la disyuntiva de alentar procesos multilaterales de cooperación, mediante una intensa gestión diplomática; o condenar a las próximas generaciones al rezago y la postración. La interdependencia modifica no sólo las relaciones entre las potencias industriales, sino que afecta la índole de sus nexos con los países medianos y pequeños. La economía internacional ha propiciado los movimientos masivos de personas, que se desplazan atraídas por las oportunidades de trabajo que ofrece el mundo industrializado y que son expulsados de sus entornos nacionales por los desequilibrios económicos y sociales existentes.

Los acuerdos entre las dos superpotencias, que de hecho significan el fin de la guerra fría, así como el proceso de integración de los grandes bloques políticos y económicos, representados por la Comunidad Económica Europea, la Cuenca del Pacífico y el Tratado Comercial entre Estados Unidos y Canadá, son las expresiones más significativas de la nueva realidad geopolítica que estamos viviendo.

Son esos los espacios que nuestra política exterior toma en cuenta para regular sus acciones.

Este es un foro apropiado para comentar algunos temas relevantes para el quehacer internacional de México, respecto de los cuales deseamos dejar claramente establecidos nuestros criterios. Son temas de controversia. Pero es importante que ustedes conozcan la posición de la Cancillería mexicana sobre algunos de ellos. Por ejemplo: ¿Cuál es nuestra actitud hacia América Latina? México otorga a sus relaciones con América Latina la más alta prioridad. Somos parte de América Latina. Parte consustancial e importante de ella. Estamos unidos a la región por razones de geografía, de historia, de cultura común. Y por la voluntad de avanzar en nuestros proyectos de concertación política y de integración económica. No buscamos protagonismos. Trabajamos de manera concertada en los distintos foros

latinoamericanos para fortalecer la comunicación e impulsar acciones más eficaces de cooperación.

En el marco del Sela, a través de las frecuentes reuniones que han fortalecido y dinamizado el Grupo de Río, el esfuerzo de integración y cooperación que realiza ya el nuevo Grupo de los Tres, que hemos formado con Colombia y Venezuela, y por la acción bilateral, la Cancillería mexicana ha desplegado un intenso trabajo en este que es nuestro espacio natural de acción. Hemos revisado y ampliado los renglones de cooperación con los países centroamericanos y del Caribe, a través de acciones concretas, de programas específicos, cuyo cumplimiento es materia de un cuidadoso seguimiento, de tal manera que en el corto y mediano plazos podamos registrar un avance efectivo en nuestros lazos de cooperación y acercamiento.

El diálogo político entre América Latina y la Comunidad Económica Europea; la concertación de ambos grupos para fortalecer la cooperación hacia Centroamérica; el fortalecimiento y dinamismo del Grupo de Río como instancia de reflexión, concertación política e incluso de integración, como lo muestran los nuevos proyectos de unificación de sistemas de transporte y telecomunicaciones, así como la acción concertada de la OEA frente al conflicto de Panamá, son algunos ejemplos de la cercanía de nuestros vínculos con la región. En la crisis panameña se ha hecho prevalecer el respeto al derecho soberano de ese país hermano a decidir por sí mismo la manera de resolver sus cuestiones políticas internas. Ha sido una larga y compleja negociación, en la que a pesar de que han existido enfoques latinoamericanos diferentes para el tratamiento del problema, la coincidencia de criterios se ha impuesto, al menos en el ámbito de la OEA, por el bien de la unidad del continente. Hemos optado por el trabajo diplomático intenso para conciliar opiniones en lugar de una postura de confrontación, que hubiera aislado de la región a Panamá.

Los problemas de Panamá no están aún resueltos. Pero América Latina no ha sido utilizada, como pretendieron algunos, para tomar decisiones que sólo corresponden a los panameños, o para actuar sobre Panamá aprovechándose del órgano multilateral.

Un segundo tema, quizá el de mayor importancia por la forma como algunos lo manejan, es la sujeta integración de México a Estados Unidos. Hay aquí tres corrientes, algunos analistas sostienen que es ésta una tendencia histórica de nuestros crecientes intercambios con el vecino país del norte, y que más vale que lo aceptemos y le saquemos ventaja. Otros afirman de manera francamente injusta, que se trata de un proceso alentado por el gobierno. Finalmente, un tercer grupo piensa que la llamada "globalización" es un proceso irreversible de las relaciones internacionales que culmina en un

plazo relativamente corto, con la disolución de los Estados nacionales. No comparto ninguno de los tres puntos de vista. Disentimos de ellos en la Cancillería. Pensamos que se trata de interpretaciones simplistas del contexto mundial y de nuestra propia realidad.

Para empezar, no es cierto que sea política del gobierno mexicano integrarnos a Estados Unidos. Ni siquiera lo es que lleguemos a formar parte de un mercado común formal con ese país y con Canadá, en un futuro previsible.

La integración, así fuera parcial, no constituye en modo alguno un objetivo político del gobierno de México ni de la sociedad mexicana. Ni México ni Estados Unidos quieren integrarse entre sí. Es cierto que nuestros intercambios de todo orden con el país vecino del norte han crecido y se han multiplicado en los últimos años. Pero de esta circunstancia es absurdo derivar el interés de México por renunciar a su capacidad de autodeterminación, ya que es precisamente el ejercicio de nuestra soberanía lo que nos permite decidir la naturaleza y modalidades de esos intercambios en beneficio de nuestros nacionales.

México y Estados Unidos constituyen dos países con historia, culturas, lenguas, visiones del mundo y de la vida profundamente diferentes. Tenemos distintos niveles de desarrollo. Vivimos lado a lado, cierto, pero de algún modo nos reconocemos mutuamente, en las diferencias del uno con el otro.

México desea tener con Estados Unidos una relación cordial, amistosa, sustentada en la dignidad y en la franqueza. Pero esa amistad debe sustentarse en el reconocimiento y el respeto mutuo. Nuestro intercambio comercial es muy alto; recibimos de allá inversiones, turistas, préstamos y, a veces, presiones, es cierto, pero de ahí, a la supuesta integración, hay una enorme distancia.

México quiere ahora volver a crecer y moderar las desigualdades que tanto se han acentuado en los últimos lustros. Quiere avanzar en sus formas de

convivencia social y perfeccionar su democracia. Desea continuar aumentando la escolaridad promedio y la calidad de su educación. Quiere y tiene que aumentar aceleradamente su productividad. Pero todo ello, en primer lugar, para fortalecer su soberanía, para preservar nuestros valores. No para integrarnos a una sociedad tan ajena como la del vecino del norte. Aumentar nuestra productividad, y de eso trata toda la política económica, no implica ni obliga a integración alguna. Japón, Alemania, Suiza, Suecia aumentaron su productividad y siguen siendo Suiza, Alemania, Suecia y Japón.

Hay muchas razones, algunas técnicas, que no hacen viable siquiera un mercado común al menos en el futuro previsible. Me referiré sólo a una de ellas, la más obvia: un mercado común debería empezar por abrir plenamente las puertas a la fuerza de trabajo. Es evidente que Estados Unidos no está interesado en abrir francamente sus fronteras a la migración laboral mexicana.

Amigos integrantes de la Asociación Mexicana de Estudios Internacionales:

Les agradezco mucho la oportunidad que me han brindado de convivir con ustedes y de intercambiar algunas ideas respecto al quehacer de la Cancillería. Es éste un foro privilegiado para dialogar y debatir las ideas que nos permitan encontrar el equilibrio entre aquello que es permanente y fundamental de nuestra política exterior —los principios que la norman y que continuarán guiando la conducta internacional de México— y las nuevas estrategias que deben desarrollarse a la luz de los cambios que se dan en el contexto internacional. Los felicito por el gran esfuerzo que significa organizar este foro y les agradezco profundamente que me hayan invitado a participar en él.

Puebla, Puebla, 26 de agosto de 1989.